

La Eucaristía y el Padre Hurtado

Juan Ochagavía, S.J.

Este mes reúne dos hechos importantes: el cierre del Año Eucarístico y la canonización del Padre Hurtado. ¿Tiene algo que ver el uno con el otro? A primera vista, nada; pero, si los miramos en profundidad, muchísimo. Porque el Año de la Eucaristía no busca otra cosa que reavivar nuestra fe en la centralidad de Cristo resucitado y que hagamos nuestra “su Bandera” (EE 136-147). Y al P. Hurtado, su santidad toda entera le viene de Cristo por la Eucaristía.

Hace pocas semanas el Papa Benedicto XVI, al dirigirse a un millón de jóvenes reunidos en Colonia, les habló de la Eucaristía y usó reiteradamente las palabras “cambio” (*Wandlung*), “transformación” (*Verwandlung*), y conversión (*Umwandlung*), para decir que la Eucaristía es la fuerza que cambia radicalmente nuestras vidas y nuestro mundo.

Haciéndose intérprete de anhelos humanos muy hondos, el Papa les dice: “Desde siempre todos los hombres esperan en su corazón, de algún modo, un cambio, una transformación del mundo”. Y este anhelo lo conecta con Cristo y la Eucaristía. En el Cenáculo, dice, “haciendo del pan su Cuerpo y del vino su Sangre, Jesús anticipa su muerte, la acepta en lo más íntimo y la transforma en una acción de amor, que desde el exterior es violencia brutal, pero que desde el interior se transforma en un acto de un amor que se entrega totalmente”.

El Papa medita más a fondo este acto de amor, y dice: “Esto es propiamente el cambio que acaeció en el Cenáculo y que estaba destinado a suscitar un proceso de transformaciones cuyo último fin es la transformación del mundo, de manera que Dios sea todo en todos (1 Cor 15, 28)... Este es pues el acto transformador central, el único capaz de renovar realmente el mundo: la violencia se transforma en amor y, por tanto, la muerte en vida. Porque este acto de Jesús cambia la muerte en amor; la muerte como tal, desde su raíz más honda, está ya superada; en ella está ya presente la resurrección”. En adelante “la muerte

ya no puede ser la última palabra”.

Recurriendo a la imagen de la fisión nuclear, afirma que la Eucaristía lleva la victoria del amor a lo más íntimo del ser: “Solamente esta íntima explosión del bien que vence al mal puede suscitar después la cadena de transformaciones que poco a poco cambiarán el mundo”.

TRANSUBSTANCIARNOS EN CRISTO

También el P. Hurtado piensa en la transformación del mundo y de nuestras propias vidas. Su pregunta “¿Qué haría Cristo en mi lugar?” es un desafío de cambio. Atañe tanto al individuo como a la sociedad en todos sus niveles, al mundo entero. Y esta transformación él la vincula a la Eucaristía. Confía en que la Eucaristía producirá un cambio radical, superior a todo lo imaginable, que nos involucre a todos y a todo. Para referirse a él acuña la expresión “transubstanciarnos en Cristo”, palabra sacada de la teología eucarística.

Con ella significa una transformación profunda, no sólo en nuestra conducta externa, sino en nuestro mismo ser, en lo hondo de nuestro corazón, y que desde ahí trasforme las costumbres, la sociedad, el mundo entero. Es lo que pide a una multitud de jóvenes en un desfile de antorchas en el Cerro San Cristóbal: “*Ser apóstol significa transubstanciarse —si se puede decir así— en Cristo*”. Otras veces expresa esta misma idea con palabras equivalentes como “transformarnos en Cristo”, “convertirnos en Cristo”, “ser otro Cristo”¹.

Con el término transubstanciación la teología medieval afirma que en la Misa, por las palabras del sacerdote que representan a Cristo, el pan y el vino pasan a ser el cuerpo del Cristo Resucitado, se convierten en el Cristo Resucitado. Los dones ofrecidos, y con ellos los que los ofrecen de corazón, dejan de ser lo que son y se unen al Cristo glorioso y viven de su vida, se convierten así en Él, se unen a su dinamismo redentor, glorifican al Padre, cuya gloria es el bien de la humanidad.

Es lástima que por siglos esta palabra haya sido entendida tantas veces sólo hasta mitad de camino. La gente sólo se pregunta por lo que le sucede a la “sustancia” del pan y del vino cuando son consagrados. Dicen, y con razón, que estos elementos, pese a permanecer en su apariencia tal cual, dejan de ser pan y vino y se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo. En lo más profundo de su ser —en su “sustancia”— el pan ya no es pan, ni el vino es vino, sino el cuerpo y la sangre de Cristo. Pero esa gente llega hasta ahí, y no busca más allá ni ve la inmensa fuerza transformadora del mundo y de ellos mismos de la transubstanciación.

Pero el camino completo de esta palabra quiere llevarnos más allá. Los sacramentos nos los da Dios para nuestro bien. Lo principal de la Eucaristía no es que el pan y el vino se conviertan en Cristo, sino que nosotros nos transformemos en Él. Santo Tomás de Aquino nos enseña a rezar para la comunión: “Haz que reciba no sólo el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, sino lo que éstos hacen y significan”. ¿Qué es lo que la eucaristía hace y significa? Que nosotros seamos de Cristo, que nuestro ser sea el Suyo: “Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20). Y si todos vivimos en Él, todos formamos un mismo cuerpo, respiramos la comunión de un mismo Espíritu (*koinonía*), pertenecemos a una sola Iglesia y Dios es el Padre de todos.

Es decidir el que, después de haber intentado otros caminos, la teología retome hoy, ampliando sus horizontes, el término de transubstanciación. No es un cambio de “cosas” lo que se hace presente en el altar. No basta concentrarse en lo que le pasa al pan y al vino. Lo central es el Señor resucitado, que se hace presente para dárseos y transformarnos en Él.

Transubstanciación significa nuestra transformación en el Cristo resucitado, unión a Aquel que “hace nuevas todas las cosas”, que las transfigura, las transforma, las transubstancia por el

hecho de conducir las a su ser o sustancia auténtica, por recapitularlas en Sí para conducir las al Padre.

Un especialista del tema afirma: “Es en el futuro de la nueva creación y en la transformación densa, profunda de la realidad, que allá acaecerá, donde tendrá lugar la verdadera transubstanciación del universo, de la realidad entera, de la que es anticipación en el tiempo y prefiguración (real y no sólo en figura) la transustanciación eucarística”. La verdadera “sustancia” de las cosas hemos de buscarla no en el pasado, en los primeros pasos de la evolución, sino en el futuro, en la “Nueva Creación”, aparecida ya y realizada en el Cristo Resucitado (M. Gesteira Garza, *La Eucaristía, misterio de comunión* (1983) 555).

¿En qué puede consistir esa “transustanciación” en el Cristo glorioso? San Pablo se refiere a la creación nueva en Cristo como una transformación de un cuerpo humilde a un cuerpo de gloria (1 Cor 15, 51-52), como irnos llenando de la gloria del Señor, que es el Espíritu (2 Cor 3, 18), como un deshacerse del hombre viejo y un revestirse del nuevo (2 Cor 4, 16-18; Col 3,

10; Ef 4, 24), que lo mortal y corruptible desaparezca y sea absorbido por la nueva vida en Cristo (2 Cor 5, 2-5).

San Juan expresa este proceso de transubstanciación con la expresión “pasar de la muerte a la vida” (Jn 5, 24; 3, 15-18; 1 Jn 3, 14). Este paso lo damos escuchando la Palabra y alimentándonos del Pan de Vida: “El que come mi carne y bebe mi sangre, vive unido a mí, y yo vivo unido a él;... el que come de este pan vivirá para siempre” (Jn 6, 56. 58).

El Resucitado es el Crucificado. Por eso conserva sus llagas. Él mantiene viva su entrega de amor al Padre y a nosotros que lo llevó a la Cruz: “No hay amor más grande que dar la vida por los que



El P. Hurtado en confía en que la Eucaristía producirá un cambio radical, superior a todo lo imaginable, que nos involucre a todos y a todo. Para referirse a él acuña la expresión “transubstanciarnos en Cristo”, palabra sacada de la teología eucarística.

1 Archivo Padre Hurtado 19, 26, 2. Otros textos de “transubstanciación: 2, 36; 19, 26; 41, 5; 50, 19. De “transformarse en Dios” (50, 4); “transformarse en Cristo”: 68, 11. Unión a Cristo: (50, 3).

uno ama” (Jn 15, 13). Transustanciarnos en el Resucitado significa por tanto que nos entreguemos a ese torrente de amor, que en la medida de nuestra pequeñez lo hagamos nuestro, que llevemos allí nuestros dolores, pecados y miserias para recibir consuelo y perdón, que nuestras vidas sean fecundas en frutos abundantes de amor y servicio.

La conversión de los dones apunta y exige la transformación de las personas, que no es menos honda y radical que la de los dones. Se trata que en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, seamos otros cristos, actúemos como Cristo, trabajemos con los demás por el proyecto de Cristo de reunirlo el reino al Padre. En otras palabras, la eucaristía sólo será de verdad tal, si nos cambia el corazón y nos llena del pensamiento y el querer de Cristo.

La teología de hoy ha redescubierto la dimensión cósmica de la obra de Jesucristo, el crucificado-resucitado. “Por medio de Él y para Él Dios creó todas las cosas” (Col 1, 16). Él tiene el primado tanto en el orden de la creación como en el de la salvación (Ef 1, 3-14). Y porque la creación es historia, hemos de ver al Resucitado eucarístico metido a fondo en combatir las tinieblas de la ignorancia, la injusticia, la deshumanización, y la desfiguración de Dios (Jn 1, 3; 8, 12). La Eucaristía no busca un intimismo desencarnado. Sí lleva a combatir con Cristo contra la mentira y las injusticias. Es amor que se hace solicitud por todos. Es compromiso de trabajar con Él en pro de la creación, liberándola de lo que la desfigura y atormenta, a fin de que llegue a ser tierra gloriosa y libre de los hijos de Dios (Rm 8, 21).

Que la Eucaristía tenga repercusiones cósmicas, no significa que esto suceda sin nosotros los hombres. Sólo en la medida

Esta dimensión activa y transformadora del mundo, que caracteriza la experiencia de la Eucaristía del Padre Hurtado, lejos de excluirla, llama a la otra, la que, talvez, en una falsa oposición, podrían algunos tildar de “intimista”: “Jesús se hace presente y permanece en la Eucaristía para vivir con nosotros y que nosotros vivamos con Él. Jesús espera nuestras visitas. En Él hallaremos al amigo leal, al consejero fiel, al consolador amoroso, al confidente de nuestras penas y alegrías.

en que se cristifique el hombre se cristificará el mundo. Aquí no hay efectos “milagrosos” o automáticos. La creación entre tanto “gime y espera ansiosa” que la liberemos de sus formas caducas y que la hagamos participar de la gloria de los hijos de Dios (Rm 8, 20s). Esta es la lucha, el combate que hemos de dar. La Eucaristía en el Resucitado es nuestra garantía de que seremos valientes, fieles y generosos hasta, como Jesús, dar la vida para que demos frutos abundantes.

La Eucaristía dominical es “nuestra Pascua”, la fiesta en que la comunidad celebra que nuestra vida está pasando a Dios Padre. Gracias a ella alcanzamos nuestro ser (=sustancia) definitivos. En la expresión del Padre Hurtado, “nos transustanciamos en Cristo”, para gloria de Dios Padre.

LA EUCARISTÍA TRANSFORMADORA²

Toda la espiritualidad del Padre Hurtado está basada en la centralidad de la Eucaristía, y en su fuerza transformadora: *“El Calvario ha sido siempre considerado el centro de la vida cristiana. Esas horas en que Cristo estuvo pendiente en la cruz han sido los momentos más preciosos de la historia de la humanidad. Por esas horas se abrieron las puertas del cielo, se confirió la gracia, se redimió el pecado, nos hicimos de nuevo agradables a Dios. Ahora bien, la*

² El Cardenal Errázuriz, en su carta pastoral “Para la vida del mundo”, nos ofrece una visión global del pensamiento y de la devoción del Padre Hurtado a la Eucaristía. Son páginas de mucha riqueza y vitalidad, que amplían lo que aquí se dice.

Eucaristía es la apropiación de ese momento, es el representar, renovar, hacernos nuestra la víctima del Calvario, y el recibirla y unirnos a ella. Todas las más sublimes aspiraciones del hombre, todas ellas, se encuentran realizadas en la Eucaristía (50, 4)³.

La Misa es para el Padre Hurtado la oración perfectísima: “*Tenemos nuestra unión con Cristo y por Cristo con Dios en la comunión que es la corona de la Misa. Tenemos nuestra unión mutua de caridad, al unirnos a Cristo a quien están todos unidos...*” (50, 3).

Pero él siente que la Eucaristía es compromiso, y tarea, a convertirnos a Cristo y a trabajar con Él en la reconstrucción del mundo según el evangelio: “*Esta maravillosa presencia de Cristo en medio de nosotros debería revolucionar nuestra vida...*”. Ve que el mundo está cansado de palabras y que quiere hechos: “*Quiere ver a los cristianos cumpliendo los dogmas que profesan*”.⁴

Esto lo lleva a exclamar: “*¡Oh, si fuéramos a la Misa a renovar el drama sagrado, a ofrecer nos en el ofertorio con el pan y el vino que van a ser transformados en Cristo pidiendo nuestra transformación! La consagración sería el elemento central de nuestra vida cristiana. Teniendo la conciencia de que ya nos somos nosotros, sino que tras nuestras apariencias humanas vive Cristo y quiere actuar Cristo*”.

Y siguiendo la Misa añade:

“*Después de la comunión, quedar fieles a la gran transformación que se ha operado de nosotros. Vivir nuestro día como Cristo, ser Cristo para nosotros y para los demás: ¡Eso es comulgar!*”.

Glosando las palabras de la consagración “*tomó el pan, lo bendijo, lo partió, y lo dio...*”, el Padre Hurtado quiere que cada uno se las aplique en su vida, que se sienta pan de Cristo: “*tomado*”, pese a mi indignidad; “*bendecido*”, lo que significa que en sus manos valgo mucho, puedo mucho: “*¡valgo mucho! ¡Con su bendición valgo lo que Él quiere que valga!*”; “*partido*”, gesto que nos invita a unir nuestros dolores a los de Cristo para convertirlos en vida; “*y dado*”. De aquí que “*cada uno de nosotros está al servicio del pueblo cristiano para darse*”. “*Dejándome partir y dándome... en unión con Cristo*” (50, 22).



Día de gozo. William Blake

Que la Eucaristía tenga repercusiones cósmicas, no significa que esto suceda sin nosotros los hombres. Sólo en la medida en que se cristifique el hombre se cristificará el mundo. Aquí no hay efectos “milagrosos” o automáticos. La creación entre tanto “gime y espera ansiosa” que la libremos de sus formas caducas y que la hagamos participar de la gloria de los hijos de Dios.

El año 1948 el Padre Hurtado recorrió Chile de norte a sur hablando de la reconstrucción del mundo. Volvía de la Europa de la postguerra y sentía necesidad de compartir lo que había visto y de proyectarlo a Chile, tan necesitado de sentido social, de justicia, de verdadera fraternidad, de abrirse a los tesoros de la fe cristiana. Ahora bien, en todas estas conferencias sale con fuerza el tema de la Eucaristía como el sacramento de la reconstrucción del mundo (57, 6).

Esta dimensión activa y transformadora del mundo, que caracteriza la experiencia de la Eucaristía del Padre Hurtado, lejos de excluirla, llama a la otra, la que, talvez, en una falsa oposición, podrían algunos tildar de “intimista”: “*Jesús se hace presente y permanece en la Eucaristía para vivir con nosotros y que nosotros vivamos con Él. Jesús espera nuestras visitas. En Él hallaremos al amigo leal, al consejero fiel, al consolador amoroso, al confidente de nuestras penas y alegrías. Jesús recibe nuestras visitas como un amigo con otro amigo querido. Aunque invisiblemente, quiere comunicarse con nosotros, nos atiende, nos habla...*” (19, 26). Siente que Cristo en la Eucaristía ha de hacer “*la unidad de mis amores*”. Ser sacerdote es vivir de la Eucaristía: “*Todo esto en mí como una*

ofrenda, como un don que revienta el pecho; un movimiento de Cristo en mi interior que despierta y aviva mi caridad; un movimiento de la humanidad, por mí, hacia Cristo. ¡Eso es ser sacerdote!” (48, 13). Por eso, porque vive en y con Cristo, en un retiro a sacerdotes les dice algo que diría también a todo cristiano: “*Mi vida... ¡es una Misa prolongada!*” (50.22).

3 Archivo Padre Hurtado, sobre 50, documento 4. El P. Hurtado no alcanzó a vivir la renovación litúrgica que desplazó el énfasis de la Cruz a la Resurrección. Sin embargo su pensamiento eucarístico respira por todos los poros unión y presencia al Resucitado y a veces lo explicita: “La única luz en la cual el cristiano mira todo, es la luz de la eternidad, la luz de la Resurrección bendita” (Homilía en los 25 años de sacerdote de don Manuel Larraín, Obispo de Talca).

4 *Humanismo Social*, en *Obras Completas I* (2003) 1229.

PEDAGOGÍA EUCARÍSTICA

El Padre Hurtado es pedagogo por naturaleza y profesión. Por esto se ocupa de cómo sacar provecho de los sacramentos, en especial de la Eucaristía. Sus observaciones brotan de una experiencia muy rica del Misterio y están llenas de buen tino y sabiduría práctica. Advierte que hay enfoques equivocados respecto a la vida eucarística.

*Un error, que él considera “error comunísimo”, es el esperar a toda costa “sentir gusto” en la Eucaristía. Y si “no siento nada”, el dejarla. El Padre Hurtado dice: *“Un alimento no es materia de gusto. Es de necesidad. El Señor ha querido quedarse escondido. Es normal que no lo guste, que no lo sienta con mi sensibilidad material... Puedo quedar perfectamente frío y sin embargo saber que he recibido a Cristo y sacar un fruto inmenso de la comunión... Me basta la palabra de Cristo: Él me dijo que allí estaba Él, y eso me basta”* (50, 3).

Hoy día ese error se ha hecho aún más extendido. Vivimos en la cultura del “feeling” y asumimos que el criterio de verdad no es lo que Dios dice sino lo que yo siento. A esta postura el Padre Hurtado responde que *“la vida cristiana es vida de fe o no es nada... Se mueve toda en el plano de la fe, que no tiene nada que ver con el plano del sentir, ni de las emociones”* (58, 15).

*Otro enfoque equivocado es ir a comulgar para pedir y obtener algo. En los momentos difíciles comerciamos con Dios. Y cuando no conseguimos lo que pedimos, se nos producen verdaderas crisis, hasta la pérdida de la fe. El Padre Hurtado reacciona con enorme hondura a esta postura de muchos cristianos: *“¡Qué distinta es la palabra de San Pablo: ‘anunciaremos la muerte de Cristo hasta que Él venga! Llanamente, la Eucaristía es para reafirmar nuestra fe en la redención de Cristo. No tanto para pedir, cuanto para profesar, agradecer, amar’* (58, 15).

*Otra dificultad común es la rutina, la poca o nula conciencia de lo que celebramos y recibimos en la Misa, y que de hecho hace que saquemos poco provecho. En esto el Padre Hurtado previene contra dos escollos: *“El de los que toman demasiado a la ligera la preparación que la Eucaristía requiere y el de los que la toman en forma inhumana”*.

Sobre los primeros dice: *“Unos ... se lanzan a una vida sacramental meramente rutinaria, confiados en el fruto del signo objetivo (ex opere operato), sin atender a sus disposiciones personales interiores. Pero he aquí que se mecanizan..., no perciben las gracias que esperaban haber debido recibir; más aún no salen de su vida de pecado; y culpan de ineficacia al Sacramento”* (58, 15). Este error parte de esperar frutos *cuasi mágicos* de los Sacramentos; esperar que se produzca una especie de milagro en sus efectos. Pero Dios no actúa así. Él invita y quiere que nos preparemos. *“El Sacramento es un alimento de la vida que existe y en la medida que ella existe. ... El que recibe en gracia, recibe más gracia... Sería pedir un «milagro», tipo resurrección de muertos, que un joven que no huye de las ocasiones, que no cultiva su fe, ni su oración, sólo por la recepción mecánica del Sacramento se purifique”* (58, 15).

En palabras claras, inequívocas, concluye que para sacar provecho de la Eucaristía, necesitamos: *“Primero, llevar una vida interior seria: en gracia de Dios y en correspondencia a la gracia y a las llamadas sucesivas de la gracia. Segundo, aprove-*

char del Sacramento de la penitencia para crecer en gracia mirándonos con los ojos de Cristo. Más que para estar «en regla» hagámoslo para humillarnos de nuestra pequeñez, y para crecer, para expansionarnos a la estatura normal de Cristo: mirarnos en sus ojos, juzgarnos por sus enseñanzas. Tercero, que procuremos crecer en el conocimiento interior de Cristo por la lectura, conversación seria, meditación, oración y por la práctica de la caridad. Cuarto, que nos alejemos de lo que es anticristiano, antiestético... La comunión bien recibida nos irá empujando cada vez más en ese sentido y de nosotros depende corresponder a esos llamados para ir penetrando más en el interior de Cristo.

*El Padre Hurtado era ciertamente partidario de la Misa y comunión frecuente, ojalá diaria, *“pero con tal que no sea con una mira primariamente sentimental, ni egoísta, ni meramente rutinaria, sino en el deseo muy sincero de avivar la vida de fe, amor, compasión con Cristo. El que lo come así vivirá desde aquí vida eterna.*

*Por eso dice al confesor que *“no empuje a ciegas, indistintamente a la Sagrada Comunión. El ideal es que responda al nivel de su vida interior, al grado de su fe y de su amor. Empuje a Cristo y que el amor a Cristo lo mueva a unirse a Él en la prueba máxima de su fe y de su amor. Esto no nos debe hacer caer en el otro extremo de exigir una preparación prácticamente imposible en la vida de comunión cotidiana”* (58, 15).

Que este Año de la Eucaristía y la canonización del Padre Hurtado nos empujen a Cristo en la Eucaristía. Pero no a una Eucaristía infructuosa sino a una que nos expanda el corazón y nos de fuerzas para ayudar a transformar el mundo para Dios, a anticipar ya en alguna manera los rasgos de la Nueva Creación. 

ALBERTO HURTADO Y LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL

En las actas de la Sociedad de San Vicente de Paul que registran las sesiones en Santiago entre los años 1920 a 1923 encontramos varias menciones a Alberto Hurtado Cruchaga. En la sesión del 23 de mayo de 1920 ya se da cuenta de la asistencia de Hurtado, Alberto y de Larraín, Manuel a la reunión, en la que este último oficia de secretario. En el acta de esta sesión se escribe que “el Sr. Hurtado da cuenta de la Conf. del Curso de Leyes de la U.C., la que se ha hecho cargo últimamente de la escuela nocturna de San Lázaro, y de una sala en el hospital; cuenta con 12 socios”.

Un mes después, Alberto Hurtado firma como secretario, y en el acta se consigna: “El Sr. Hurtado da cuenta de la Conferencia de Leyes de la U.C., manifestó que sus socios atendían con todo entusiasmo la escuela nocturna de San Lázaro. Se acordó ayudar a esta Conferencia con la suma de \$100”.

Desde julio de 1921 hasta julio de 1923, Alberto Hurtado sigue firmando como secretario.

En el acta que consigna la sesión del 13 de agosto de 1923 de la Sociedad, el secretario, señor Augusto Díaz, establece: “El señor Foster da cuenta también del ingreso del señor Alberto Hurtado al Noviciado de la Compañía de Jesús, lo cual viene a probar una vez más que la Sociedad es una fuente de vocaciones sacerdotales”.